

LOS BENEDICTINOS Y LOS PILARES DE EUROPA

ANSELMO ÁLVAREZ OSB

Es Abad Emérito del Valle de los Caídos. Intervención en el I Congreso internacional «El monacato benedictino y la cristianización de Europa», celebrado en el Valle de los Caídos en julio de 2014.

Europa fue ciertamente un regalo de los monjes, pero sus pilares primeros y permanentes son de Cristo y la Iglesia: Cristo «piedra angular» (*Ef 2, 20*); (*1 Pe 2, 6*), la Iglesia «columna y fundamento» (*1 Tim 3, 15*). Los monjes fueron y son instrumentos de ambos. En esta línea, san Benito fue declarado primero Padre de Europa (Pío XII, 1947), y patrón principal de Europa (Pablo VI, 1964), a los que Juan Pablo II añadió los Santos Cirilo y Metodio, Santa Catalina de Siena, Santa Brígida, y Santa Edhit Stein, todos pertenecientes al estado monástico. Europa, ayer creada por los monjes, hoy encomendada a su protección y defensa.

En los orígenes de Europa encontramos un acontecimiento aparentemente casual, pero lleno de una profunda significación: en el 529 se cerraba, por el emperador Justiniano, la Academia de Atenas, el mismo año que se inauguraba la Abadía de Montecasino. El símbolo de Grecia había sido la Acrópolis y la Academia, el de Roma su Capitolio; el de Europa sería Montecasino, Acrópolis y Capitolio, nueva Academia de la Europa naciente, del nuevo orden histórico y espiritual. No para anular a la nueva Roma, capital del cristianismo, sino para colaborar en su acción. Esta apertura de la Abadía de Casino podría considerarse como el acto fundacional de Europa.

Ahora bien, en el centro de estos montes, sobresaliendo sobre todos: el Monte Gólgota, verdadero origen de un mundo y de un hombre nuevos. De él nace también la Iglesia cristiana que, llegado el momento, fue la única estructura que resistió a la demolición del viejo imperio romano. Su vitalidad espiritual le permitió, sucesivamente, absorber el impacto demoledor de las invasiones, constituir el nexo básico de continuidad con las antiguas instituciones romanas y reconstruir, sobre su fe y su organización eclesial, las ruinas acumuladas repetidamente sobre el suelo europeo.

De hecho, Europa debió renacer muchas veces antes de conseguir estabilizar la estructura social y política de sus pueblos, y lo pudo gracias al vigor del tronco cristiano injertado en ellos, al que los monjes aportaron en estos siglos iniciales un extraordinario acervo de energía.

Esa reconstrucción sucesiva fue una de las contribuciones máximas a la causa de Europa. Sin ese vigor de la Iglesia y de la institución monástica Europa hubiera sido configurada por los pueblos bárbaros y por los árabes musulmanes. Los cristianos frenaron a unos en la península Ibérica, y asimilaron a los otros integrándoles en la fe y en la civilización cristianas. Fue el cristianismo el que

mantuvo europea a Europa, gracias precisamente a la reconquista peninsular y a la acción global de la Iglesia sobre esas migraciones del Este y del Norte que ocuparon sucesivamente el antiguo mundo romano.

Pero durante mucho tiempo el desarrollo de estos pueblos apenas conoció otra cosa que la difícil formación de las monarquías godas: ostrogodos, merovingios y visigodos, constantemente amenazados, hasta el siglo XI, por otras invasiones de igual origen bárbaro, y por los árabes islamizados. Fue también el tiempo de la formación incipiente de los reinos germánicos y de Inglaterra, coincidente con el comienzo de la evangelización de estos pueblos. El cristianismo, con el concurso de los monjes, fue entonces la levadura que hizo fermentar lentamente todas las proyecciones de Europa: religiosas, culturales, económicas, políticas, humanísticas. Lo cual fue posible, principalmente, gracias al fenómeno al que es preciso referirse en primer lugar.

La evangelización

Debido, de manera eminente, a la acción de los monjes, entre los siglos V al XII, Europa fue proyectada por ellos como un ensayo del Evangelio; hecha por y para el Evangelio, edificada a su luz y convocada para ser testigo y constructora de Cristo en la historia. Fue la obra del monacato «evangelizador y educador de pueblos» (Congar, *Sacerdoce et laicat*, Paris, 1962, 362).

La implantación del cristianismo en el suelo europeo tuvo dos fases:

1. La de los orígenes apostólicos en algunas regiones del Sur: Grecia, Roma, España, y su paulatina extensión por la cuenca mediterránea. Una implantación difícil por la oposición del Imperio, que acusaba de «ateísmo» a los cristianos por negar el carácter divino del emperador. Los primeros gérmenes de la fe fueron regados por la sangre de los testigos de la fe, y fructificaron en la conversión de Constantino y en el edicto de Milán (313), que otorgaba la tolerancia al cristianismo. Su reconocimiento como religión oficial debió esperar hasta Teodosio (380), nacido en Cauca (Coca, Segovia). Todo esto es suficientemente conocido.
2. La de la expansión: el verdadero desarrollo se inicia tras la caída del Imperio (476), con el movimiento misionero monástico. Debe destacarse la importancia misionera prebenedictina de los monjes irlandeses (Patricio y Columbano, (éste en zonas de Francia, Alemania e Italia), a los que se unen los benedictinos San Gregorio Magno, San Agustín de Cantorbery, San Bonifacio (Germania), San Adalberto (zona Norte de Alemania), San «Anscario» (u Oscar), en Dinamarca y Suecia.

Se produce entonces una incorporación sucesiva de los pueblos europeos al cristianismo, en la que toman la iniciativa sus reyes: Francia (496, Clodoveo), España (589, Recaredo), Inglaterra (597, Ethelberto), Dinamarca (826, Harold), Hungría (995, San Esteban), la Rus, que comprendía Rusia y Ucrania (998, Vladimiro), inicialmente evangelizada por el monje misionero occidental San Bruno Bonifacio de Querfurt, algo después Suecia (1008, Olav).

Algunos textos de la época nos han conservado la impresión producida por las conversiones a la fe: «Quién será capaz de narrar la alegría nacida en el corazón de todos los fieles al tener noticias de que los ingleses, por obra de la gracia de Dios, y con tu colaboración, expulsadas las tinieblas de sus errores, han sido revestidos por la luz de la santa fe; de que con espíritu fidelísimo, pisotearon los ídolos a los que estaban sometidos por un temor tirano; de que con un corazón puro aceptaron la fe de Cristo?» (Carta de S. Gregorio a Agustín).

El cronista Rodolfo de Fulda escribe refiriéndose a S. Bonifacio: «Levantaba monasterios para que los pueblos fueran atraídos a la fe, no tanto por la fe de los eclesiásticos como por el testimonio de las vírgenes y de los monjes». Alude a uno de los aspectos más determinantes de la evangelización en la Edad Media: el método no es principalmente la predicación, aunque no se descarta, sino el contacto inmediato con la fe y con el evangelio encarnados en la vida real de los monjes.

Es el testimonio directo de la vida cristiana y de la práctica litúrgica como lugar eminente de encuentro con Dios. Para facilitar la comprensión de la lengua litúrgica de la Iglesia, el latín, San Bonifacio compuso una gramática latina, que resultó uno de los mejores instrumentos en la evangelización de Europa.

Los monjes hablaban de Dios desde la experiencia que conoce a Dios porque está centrada en Él. El evangelizador, en la Edad Media, no es un predicador del Evangelio, sino un monje: alguien que es el amigo y el confidente de Dios, el que vive la palabra y la fe de Cristo; el hombre experto en Dios, que pertenece a Dios y sigue el camino del Evangelio.

Gracias a ellos Europa surgió simultáneamente a la vida histórica y a la vida cristiana. Europa ha sido bautizada en Cristo. El cristianismo le preparó un regazo, meció su cuna y guio sus primeros pasos. Europa es ecológicamente cristiana. Sus apóstoles pueden decir: «Yo os he engendrado por el Evangelio» (1Cor, 4, 15). Él ha sido el suelo y el aire en los que Europa ha crecido y en los que se ha hecho lozana, hasta llegar a ser la creación espiritual y humana más alta.

Desde estas bases surgió el proyecto espiritual que movilizó la vida de la nueva sociedad europea, articulado en torno a dos enunciados que sintetizan las líneas básicas de la propuesta cristiana y monástica para Europa y para el hombre en general. Ambos se encuentran en la Regla de San Benito.

El primer objetivo se centra en la «búsqueda de Dios». Cito a este propósito un texto de Benedicto XVI, que habla en Monte Casino en mayo 2009: «la enseñanza constante de san Benito es el *quaerere Deum*, el buscar a Dios, como compromiso fundamental del ser humano, el cual no se realiza plenamente, ni puede ser feliz sino en Dios». «En vuestra Abadía se toca con la mano el *quaerere Deum*, es decir, el hecho de que la cultura europea ha sido la búsqueda de Dios y la disponibilidad para escucharle». San Benito hizo de este objetivo la razón de ser del monje y, juntamente con él y con la Iglesia, toda la Edad Media hizo este recorrido. Un programa que viene a ser la síntesis de la empresa humana, en cualquier época del pasado o del futuro.

Búsqueda vital, no sólo intelectual y racional; movimiento en el que se implica la vida entera. Buscar a Dios no sólo para conocerle, sino para poseerle, para

entrar en su vida y participar de ella, puesto que esto se corresponde con el fin asignado a la criatura humana.

El enunciado «búsqueda de Dios» se entiende genéricamente como la expresión de la tendencia de la vida hacia Dios, y designa, en el lenguaje cristiano y monástico, la voluntad de proyectarla totalmente en esa dirección, a fin de que «nuestro vivir sea un vivir para Dios» (*Rm* 6, 10), y seamos así «hombres de costumbres divinas», según la expresión de los monjes primitivos.

Búsqueda hecha de la mano de Cristo, que es el camino, el enviado, la revelación de Dios, a fin de que la nuestra sea, como la suya, una vida consumada en honor y amor de Dios: «Yo vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad» (*Hbr*, 10, 7, 9).

El objetivo fundamental de la historia, la general y la particular, es reconstruir al hombre según el Hombre Jesús: «hasta que seamos hombres perfectos, hasta que alcancemos la medida de la plenitud de Cristo» (*Ef* 4, 13). De ahí la centralidad y el primado de Cristo en la vida espiritual y en el proyecto global del hombre: «hasta que todo tenga a Cristo por Cabeza» (*Ef* 4, 15), «hasta que Cristo se forme en vosotros» (*Gal* 4, 9).

De aquí procede el otro enunciado, cuya fuente es también la Regla benedictina, y que hoy es propuesto, muy frecuentemente, por el Papa Benedicto XVI para el hombre de nuestra tiempo: «no anteponer nada al amor de Cristo», «No antepongan nada al amor de Cristo», o bien «no prefieran absolutamente nada a Cristo», palabras con las que concluye el texto de la Regla. San Bernardo las glosó así: «Soy, vivo y gusto únicamente por Él. El que no vive para Él está en peligro de muerte. El que no le gusta ha perdido la sabiduría; el que no vive para Él corre hacia la nada». Es la centralidad de Cristo para los monjes, no distinta de la que tiene también para todo bautizado, para la Iglesia, para todo hombre: San Bonifacio (s.viii) afirmó en el prólogo a su gramática: «el conocimiento (racional, científico, sapiencial) consiste en descubrir la relación que todas las cosas tienen con Cristo». Por su parte, en los Estatutos de Oxford (1350) se lee: «todo lo que no se apoya en Cristo carece de futuro».

El cristianismo y Europa se construyeron sobre esta fe: Cristo es la referencia de toda salvación y perfección. En Él está, además la fuente y la vía de la divinización. Esta constituye la oferta esencial de Dios al hombre: su elevación a la participación en el ser de Dios. Él es el lugar de este encuentro entre Dios y el hombre, en el que desemboca la búsqueda de Dios y el seguimiento de Cristo. Seguimiento que incluye todo el programa diseñado para el hombre, que consiste en entrar en comunión con Dios y con Cristo, y en hacer entrar todo lo humano en esa comunión. Bajo esta perspectiva, la cultura europea ha sido la síntesis de la cultura humana, propuesta a partir del cristianismo, a partir de Cristo, que es medida y plenitud de lo humano.

Por eso, Cristo ha sido el primer habitante, el primer ciudadano de Europa. El suyo ha sido el primer Nombre europeo; Él ya estaba aquí cuando Europa empezó a caminar, y en torno a Él se forjó el dinamismo histórico y espiritual que permitió el alumbramiento de los pueblos europeos. Una de las más decisivas aportaciones de los monjes a Europa y de Europa al mundo fue este cristocentrismo, la primacía absoluta de Cristo: «en Él habita toda la plenitud de la divinidad, Él es cabeza de toda

soberanía y autoridad, Él es vuestra plenitud» (*Col 2, 9*), «la plenitud de quien llena totalmente el universo» añade san Pablo (*Ef 1, 23*), porque en Él está la medida y totalidad de lo humano. Si los monjes pueden considerarse pilares de Europa, lo son ante todo porque ellos la construyeron sobre esa columna.

Según nos recuerda también Benedicto XVI, esta evangelización del continente se llevó a cabo «con la cruz, con el libro y con el arado». Es decir, con la implantación de la vida espiritual, del trabajo y de la cultura. Son los fines propios del monje, los que han modelado su imagen, pero también los que han dado figura a Europa, y los que definen y construyen la realidad del hombre: *ora et labora et lege*. «Articulada en el triple compromiso cotidiano de la oración, del estudio y del trabajo, pueblos enteros del continente europeo han experimentado un auténtico rescate y un benéfico desarrollo moral, espiritual y cultural, educándose en la continuidad con el pasado, en la acción concreta a favor del bien común, en la apertura hacia Dios y en la dimensión trascendente» (Monte Casino).

El cristianismo ha sido, además, el primer y más persistente elemento de cohesión de Europa, hasta hacer de ella una comunidad de pueblos muchos antes de que naciese la Comunidad Europea, representada en el Sacro Imperio Romano-Germánico desde año 800 con la coronación en Roma de Carlomagno, continuada en la Europa de los Habsburgos, y que dio lugar a la República y a la Universitas Christiana a las que se refirieron Voltaire y Rousseau, precisamente cuando proponían su aniquilación. Todo ello sobre la base de una misma fe que permitió la unidad política, religiosa, cultural, lingüística (latín) del occidente.

Dios, en Cristo, fue el «factor común», el *vinculum unitatis*, la «Eucaristía» de Europa, el punto de encuentro, su principio de unidad e identidad. Hoy la Unión Europea se queda sin unión y sin Europa, en la medida en que pretende sustituir a Cristo por una Constitución de papel.

A este propósito, evoco la Iniciativa europea (9 jun 2011) emprendida por el Partido Demócrata francés, siguiendo el ejemplo húngaro, de reunir un millón de firmas europeas para que la Constitución Europea suscriba las raíces cristianas de Europa que se negaron a aceptar hace 2 años. Si se recoge un millón de firmas, se puede modificar cualquier ley, y se quiere que ésta sea la primera.

Los monjes y la cultura

Los monjes fueron pioneros en la construcción de lo que, por su parte, Erasmo llamaba la «Europa cristiana y culta». El proyecto benedictino abarcó en uno sólo todos los ámbitos humanos, la ciudad de Dios y la del hombre, que es síntesis de trascendencia e inmanencia, de mirada hacia Dios y de proximidad a la tierra. Como ocurrió en la visión de san Benito, según la biografía del Papa san Gregorio Magno: «en una sola mirada contempló el mundo entero condensado en un rayo de luz»: es la visión de quien mira en la luz de Dios y en ella abarca toda realidad. A través de la acción benedictina, esta cultura europea ha sido la síntesis de la cultura humana, que es siempre tanto más elevada cuanto más contribuye a la más exacta realización del hombre.

Desde la caída de Roma hasta el siglo XII son ellos los artífices casi únicos de la cultura europea, a través de la cual dieron vida en el continente a las creaciones básicas del espíritu humano, tales como la religiosidad, el pensamiento, el arte, la literatura, los modos de vida: todo lo que moldeó el cuerpo y el alma de los pueblos del continente.

Desde ellos irradiaron en todas las direcciones los fermentos que fecundaron el genio de lo que sería Europa: el Evangelio, la cultura clásica, la enseñanza escolar y universitaria, el arte y la arquitectura, la mística y la espiritualidad, la organización social, incluso el urbanismo, precisamente en torno a los Monasterios.

De manera más particular, aparte de las raíces y de la historia espiritual que difundieron desde ellos, hay otras expresiones muy significativas de esa acción cultural. Por ejemplo:

- La conservación y transmisión del saber antiguo y su enseñanza en las escuelas, academias y universidades fundadas por los monjes, y que son la base de todo el sistema educativo europeo que ha persistido hasta los tiempos modernos. Puede ser interesante describir la creación de uno de estos centros, prototipo de tantos otros. Estamos en Normandía, hacia mediados del siglo XI. Los monjes de la Abadía de Saint-Evrou, deciden abrir un nuevo monasterio al otro lado de la costa. Se internan en la región de Croyland, en Inglaterra, y se establecen en una granja en la que, una vez acomodada, inician la vida monástica, presididos por el abad Yofrido, y abren una escuela. Siguiendo las horas litúrgicas, el monje Odón explica a la hora de prima la gramática, según Prisciano; a la de tercia es el hermano Thierry quien enseña la lógica de Aristóteles, explicado por Averroes; a la de sexta otro de los monjes, Guillermo, imparte la retórica, siguiendo a Cicerón y Quintiliano, y ya en la hora nona el maestro Gisleberto expone, en latín, la Escritura, que inicialmente estaba reservada a los eclesiásticos y letrados. Al abad le corresponde la predicación, que imparte en un sufrido inglés, mientras en las clases se alterna el francés y el inglés, y a ellas asisten personas de todas las edades y de ambos sexos. Así nos lo cuenta el cronista Pedro de Bloy. El resultado de esta sencilla aventura fue la Universidad de Cambridge.
- La creación del nuevo arte europeo (románico y gótico, tanto en la arquitectura como la pintura, más el desarrollo del extenso mundo de las bellas artes: pintura, música, orfebrería, esmalte (Silos, ayer: frontales y arquetas y hoy: fr. Regino, el mejor esmaltador de España).
- La influencia sobre la formación y difusión de las nuevas lenguas europeas, tanto las románicas (en España son conocidas las glosas del monasterio de San Millán de la Cogolla y de Silos, con los primeros balbuceos del castellano). Lo mismo sucedió con las lenguas autóctonas en Centroeuropa y en las Islas Británicas (ya en el siglo VII son frecuentes las traducciones de libros de la Biblia y homilías en anglosajón, en los monasterios de Escocia y Gales). Sin olvidar las eslavas cuyos padres fueron Cirilo y Metodio.

Sin embargo, la mejor contribución cultural de los monjes es la que ha enseñado a los europeos a pensarse a sí mismos, y hacerlo a la luz del pensamiento que de manera más penetrante ha hablado del hombre y le ha ayudado a situarse en

la historia, a fin de realizar en ella la obra del hombre verdadero según el designio de Dios. Se trata, naturalmente, del pensamiento cristiano. Del resto de las actividades humanas que no van en esa dirección, o que rehúsan inscribirse en ella, el monje ha dicho algo parecido a lo que Cristina de Suecia respondió a la propuesta que le hacían los nobles de su país de asumir de nuevo la corona: «*non mi bisogna e non mi basta*»: ni la necesita ni me basta.

Esta cultura difundida por los monjes había recibido del cristianismo el Logos y el Nomos, es decir, una sabiduría superior constructora del pensamiento y de la acción, sobre las que asentar el fundamento de las instituciones humanas. Con él, Europa recibió la visión más ilustrada que se ha conocido en cuanto a la naturaleza, el proyecto y el destino del hombre. Con ella se ha abierto el camino del superhombre: el hombre que desborda completamente al hombre porque limita con Dios; más aún, que es semejante a Dios, que puede penetrar en Él, unirse a Él, participar de su naturaleza y de su vida, llamarse hijo y ser heredero de Dios. Una visión bastante superior a la del superhombre de Nietzsche.

Las Abadías estaban perfectamente articuladas en el tejido de la sociedad, del que ellas habían sido autoras a partir de los Monasterios, desde los cuales dirigieron los asentamientos de las poblaciones, su organización, instrucción e iniciación en la vida social y de trabajo, su pacificación y desarrollo.

Las Abadías, ayer y hoy, vienen a ser uno de los símbolos más representativos de lo europeo, huellas y sillares, hogares y santuarios de Europa, relicarios vivos de esa Europa esencial. Sus espacios son el símbolo del espacio europeo; en ellos se condensa el espíritu, la tensión y la fuerza que engendraron y que representan al hombre europeo.

Los monjes cultivaron la unidad entre espíritu y pensamiento, entre el trabajo y el ejercicio espiritual, entre Dios y la naturaleza. Era una ciencia del ser y del vivir, de la unidad del hombre. En ellos la razón, la libertad y el progreso han tenido la medida humana tal vez más exacta, fruto de la sabiduría que es propia del hombre que contempla el mundo con los ojos de Dios.

Los monjes han escrito poco, pero han leído mucho y han vivido intensamente. Su vida es un tratado filosófico y un poema teológico. Con su vida más que con palabras, porque son hombres del silencio, han descrito lo que es el valor, la dignidad y el sentido del hombre en el universo, con una fuerza no superada por otras formas del pensamiento occidental. Ellos nos confirman que Europa es algo bastante más sugerente, más rico y comprometedor que la llamada UE.

No es necesario decir que en esta historia hubo páginas menos brillantes, como es propio de la condición humana, y como era inevitable en un tiempo en que la composición étnica y social de la población europea era muy mayoritariamente de origen bárbaro, también la que componía la Iglesia y la que habitaba en los monasterios, y que ya había conocido directamente san Benito en sus primeras fundaciones.

Contribución a la civilización

En el campo de la civilización hay que destacar la obra llevada a cabo entre los pueblos llegados al continente, que tuvo por objeto la estructuración de la nueva sociedad en todos los ámbitos: la pacificación y el asentamiento de los pueblos invasores, la instauración del orden jurídico y moral, el incremento de las relaciones entre pueblos y grupos humanos, tan abundantes en toda la Edad Media, la consolidación de la familia, la transformación del suelo europeo para su cultivo, la enseñanza de las artes y de la industria, más un largo etcétera.

De manera muy particular destacan dos contribuciones.

1) Al servicio de la Paz. La Tregua de Dios

La preocupación por la paz en la sociedad europea dio lugar a diversas tentativas de la Iglesia, a iniciativa de los monjes, para aliviar la situación de desorden y beligerancia que siguió a la caída del Imperio y que acompañó a las invasiones. La tregua de Dios apuntaba al intento de suprimir la propia guerra, o al menos limitarla y suavizarla en determinados días o períodos de tiempo.

Fue precisa la colaboración de la autoridad civil y la intervención de la Iglesia con su fuerza moral y, cuando resultaba preciso, con el arma de la excomuni3n. Los primeros intentos tuvieron lugar en los siglos X y XI, nacidos aproximadamente en la Marca Hispánica, con los nombres de *Pax Domini* y Tregua de Dios.

En 1027, en una asamblea celebrada en Perpiñan y presidida por el abad de Ripoll y obispo de Vich, Oliba, se establecieron los principios que sirvieron de base a la instituci3n: se imponía la suspensi3n –tregua– de hostilidades desde la tarde del sábad3n hasta la mañana del lunes. Su no observancia se sancionaba con la excomuni3n del o de los culpables, si no se daba la adecuada reparaci3n.

Posteriormente se ampliaron los plazos de la tregua, extendiéndose desde miércoles a Domingo, a algunas fiestas de la Virgen, los días de Témporas, y finalmente a los tiempos de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua.

En el siglo XII estaba difundida por casi todos los países, y el Papa cluniacense Urbano II la extendió a toda la cristiandad en el Concilio de Clermont (1095). Fue confirmada por los Concilios Lateranenses del siglo XII e integrada en la legislaci3n can3nica general (*Decretales de Gregorio IX*, libro I).

Mientras la iniciativa se mantuvo en el ámbito eclesiástico no resultó demasiado operativa. Pero poco a poco las finalidades fundamentales fueron siendo asumidas por el ámbito civil, ratificando sus preceptos e incluyéndolos en su propia legislaci3n. «Se aseguraron así largos periodos de no beligerancia, y con ella el respeto de las personas inermes y de los lugares sagrados» (Benenicto XVI, sobre Cluny, 2010).

En esta línea se inscribe, asimismo, el derecho de asilo, con alusi3n al refugio que ofrecían las iglesias y lugares sagrados a los perseguidos, por cualquier causa: su acogida en estos lugares les ponía a salvo de la justicia o de la persecuci3n. Fue una práctica que abarcó casi todo el tiempo de la Edad Media, a partir de su inicial aplicaci3n en los monasterios.

2) El trabajo

Una de las aportaciones más decisivas para la sociedad medieval fue la introducción de la civilización del trabajo, algo que Europa ha considerado modernamente como su principal riqueza, y que es una de las huellas más representativas de la acción de los monjes.

Después de Roma, que consideró el trabajo como una degradación social, sólo apto para los esclavos, y de manera coetánea con los bárbaros invasores, que no conocían más actividad que la de la guerra, los monjes transmitieron la valoración religiosa, humana, moral y social del trabajo, que ellos practicaban en los monasterios siguiendo el precepto de la Regla benedictina y, anteriormente, el mandato divino al hombre. A través de ellos los europeos conocieron el espíritu y los hábitos de trabajo, así como el sentido de la laboriosidad y de la profesionalidad en el mismo (= la cualidad del trabajo bien hecho). Algo en lo que los monjes se adelantaron casi diez siglos al calvinismo, al que se ha atribuido modernamente la afirmación (por Weber) de la excelencia del trabajo, pero del que se ha subrayado ante todo su valor mercantilista y económico.

Ellos fueron, además, creadores directos de trabajo, casi los únicos hasta la aparición de la burguesía en el siglo XII, y todavía después, juntamente con ella, entre la población no urbana: trabajo en las propiedades de los monasterios, y en la edificación de éstos y de las iglesias y catedrales (monjes-obispos).

Y juntamente con el trabajo aportaron también la formación técnicoprofesional, así como casi todas las profesiones manuales del Medioevo: agricultores, orfebres, tallistas, ebanistas, pintores de frescos, decoradores, albañiles, herreros, comerciantes (los monjes vendían sus propios productos, en los monasterios o en los mercados públicos; algo que vuelve a verse en nuestro tiempo).

Todo ello originó lo que puede considerarse el primer desarrollo económico de Europa gracias a la agricultura, a las técnicas preindustriales y las vías de comunicación y de comercio que han persistido hasta el siglo XIX. Una red formada, junto a las viejas calzadas romanas, por el primitivo sistema de caminos que unían los monasterios dispersos por toda la superficie del continente.

Llegamos al final de esta intervención, con el sentimiento de que son muchos los aspectos relacionados con esta contribución de los monjes a la formación de Europa que no han podido ser abordados. Habréis comprobado que hemos empezado por el cuerpo espiritual y hemos terminamos en el cuerpo material, según la plástica expresión de san Pablo. Pero no se han separado sino que han sido armonizados, de acuerdo con la visión cristiana y monástica de la realidad humana. Es el único realismo que puede salvar a Europa de quedar convertida en sombra y museo de sí misma.

Con razón el filósofo y sociólogo inglés A. Macintyre, (*Tras la virtud*, 1984, 322), escribía en 1984: «no estamos esperando a Godot, sino a San Benito».

Pero deseo añadir una palabra: A través de los benedictinos el Valle está vinculado a Europa, así como a toda la historia, la cultura y la civilización occidentales. Los monjes estamos por encima de fronteras, de sistemas políticos o ideológicos, de los avatares de cada situación y cada tiempo; sobre todo ese rumor

de aguas que pasan bajo nuestros puentes, y que termina perdiéndose en el mar del olvido. Su presencia es para el Valle un factor de estabilidad y continuidad, más allá de todos esos vaivenes, en los que su serenidad ha salvado situaciones muy delicadas para el presente y el futuro de esta institución. Esta presencia silenciosa, siempre al margen de las contingencias inmediatas, pero siempre atenta al latir profundo del espíritu del tiempo y de la sociedad, merecería el respeto y apoyo de todos.

Ellos (los monjes del Valle) sabrán hacer, si se les deja y ayuda, una obra de más alta trascendencia que cuanto se les imponga desde una óptica transitoria.